



Diferentes imágenes de la Santa Muerte en un puesto en el mercado de Morelia, un culto cada vez más popular. Fotos de Mark Aguirre

De narcos, políticos y policías

por **Mark Aguirre**

Desde el año 2006 más de 600 personas se han encontrado en México decapitadas. Al menos 18 mil personas han sido secuestradas y el gobierno ha reportado 36.400 muertes por causas violentas vinculadas al crimen organizado y la lucha contra el mismo. Una encuesta hecha pública en enero pasado mostró que a pesar de la guerra de Calderón, el 70% de los mexicanos piensa que la seguridad es peor que la que había un año antes. Este artículo, escrito después de una visita a Michoacán, explora cuáles son las causas de tanta sangre, el fracaso de Calderón y la solución que empieza a emerger desde abajo.

Cuando en enero llegue a Morelia sólo viajábamos seis pasajeros en un autobús de cuarenta plazas de la compañía Prima Plus, una de las más seguras. La gente tenía miedo o no tenía dinero o ambas cosas a la vez. En el taxi colectivo que tome en la capital michoacana a Cherán, en la meseta purépecha, nadie abrió la boca, ni para dar las buenas tardes.

Michoacán se ha convertido en uno de los estados más golpeados por la violencia de los carteles desde que en septiembre de 2006 sicarios de la Familia Michoacana arrojaron en Uruapan cinco cabezas humanas a una pista de baile. Se supone que pertenecían a sicarios de otro cártel rival, los Zetas, con los que hasta esa fecha venían colaborando. La Familia había decidido romper con ellos y reclamar su territorio. Desde entonces, a pesar de la guerra de Calderón contra la droga, Michoacán parece haber caído bajo el control de los carteles. La población está tan temerosa, se siente tan insegura por el miedo que uno puede leer el temor en el ambiente.

Cherán es un pueblo de 15 mil habitantes mayoritariamente purépechas no lejos del lago de Pátzcuaro. Hay tanta emigración a los Estados Unidos que la secretaría de relaciones exteriores ha abierto una oficina para expedir pasaportes. En la plaza junto a la Iglesia y el ayuntamiento hay una casa de cambio. En sus alrededores se ven parcelas sin cultivar. No hace mucho hombres vestidos con chalecos antibalas y pasamontañas, armados con armas de grueso calibre, se llevaron secuestrado a

uno de los comerciantes de la plaza. Un intento anterior había fracasado por la resistencia de los vecinos, quienes llegaron a disparar sus armas ahuyentando a los secuestradores. La segunda vez llegaron mejor preparados y según contaban varios vecinos fueron ayudados por policías municipales, quienes les facilitaron su salida del pueblo. El comerciante apareció tres días después, golpeado pero vivo, tras el pago de un rescate de cerca de 300 mil pesos (18 mil euros).

No era el primer acto de violencia. Un militante del PRD y exalcalde, Leopoldo Suárez, fue encontrado asesinado hace dos años. Su cadáver tenía signos de tortura. La razón: haber pedido que se investigara la muerte de otras dos personas asesinadas en el pueblo. Los indicios apuntaban hacia el alcalde. Según testigos habría tenido una discusión por un motivo de faldas con uno de los asesinados y el otro habría sido un testigo involuntario de los hechos. Algunos vecinos dicen haber visto cómo la policía municipal arrojaba sus cadáveres en sendas calles del pueblo.

Según contaban, los crímenes han enrarecido el ambiente. Una comunidad unida tradicionalmente por las fiestas distributivas purépechas ha caído víctima del miedo y la violencia. Nadie confía en nadie. El tejido social estaba rasgándose. Comercios que antes cerraban a las 10 de la noche lo hacen ahora cuando empieza anochecer. En Cherán cuentan que el alcalde del PRI, Roberto Bautista, dice él mismo estar protegi-

do por el gobernador del PRD, Leonel Godoy. La ex secretaria de Seguridad y asesora de éste, Citlalli Fernández fue detenida por sus lazos con los cárteles. Su hermano Julio César Godoy está prófugo. Se especula con que el alcalde y el gobernador, a pesar de ser de diferente partido, podrían tener conexiones con la Familia Michoacana. Según lo que contaban los vecinos han sido políticos electos los que han traído la violencia y la inseguridad al poner a cargo de las policías locales y estatales a sicarios del crimen. Lo mismo ocurre en otros lugares de la República con otros cárteles. En Cuernavaca los secuestros se desataron cuando el priista gobernador de Morelos, el general Jorge Carrillo Olea, quien había ocupado altos puestos en los organismos de seguridad del Estado –para Anabel Hernández el padre de la “inteligencia” en México–, puso a un miembro del cártel de Matamoros, Jesús Miyazawa, como jefe de la policía judicial de Morelos. Lo mismo ocurrió en Baja California con el gobernador del PAN Ernesto Ruffo Appel, el primer candidato panista en la historia de México en ganar una gubernatura estatal. Los ejemplos serían interminables y afectan a todos los partidos, no importa sean de izquierda o de derecha.

* * *

En Michoacán se sabe que los cárteles están tan extendidos que la Familia Michoacana controla 77 de los 113 municipios del Estado. El gobierno federal reconoce que hay 400 municipios en todo el país en manos de la delincuencia organizada, uno de cada cinco. En estos lugares no es que los cárteles se infiltren en la policía –eso ocurre en la mitad de los municipios del país–, es que en esos 400 municipios la policía como institución trabaja para los cárteles. En ellos, el narco se ha hecho Estado.

La Familia Michoacana apareció públicamente dando a sus actos de extrema violencia un cierto aire místico, hablaba de “justicia divina” para legitimar sus horrorosas ejecuciones. En un anuncio pagado en los medios de comunicación justificó las decapitaciones de sus enemigos argumentando que quería proteger a Michoacán de la violencia traída por “mala gente” de fuera. Los Zetas es un cártel formado por militares entrenados en Estados Unidos que cambiaron de bando convirtiéndose en el brazo armado del cártel del Golfo. Pero con el tiempo han acabado independizándose del mismo. Con gran presencia en Tamaulipas, se han expandido por todo el territorio mexicano reclamando su trozo del pastel. Los Zetas llegaron a Michoacán en el 2001 invitados por Nazario González Moreno, el Chayo o el más loco, el líder del grupo –supuestamente

muerto en un enfrentamiento con el ejército en diciembre pasado, aunque su cadáver no ha aparecido– que había decidido él mismo independizarse para construir su propio cártel.

Michoacán es uno de los lugares más codiciados por el narco. La mitad de la población nacional vive en un radio de 350 kilómetros desde Lázaro Cárdenas, su puerto principal en el Océano Pacífico. Su tierra caliente es un corredor natural hacia el norte. La marihuana y la heroína de Guerrero y Oaxaca han pasado por allí camino del norte desde siempre. Más tarde tanto la cocaína colombiana –desde que la marina estadounidense sellara el Caribe– como la efedrina del Este de Asia –un precursor químico con el que se fabrican las metanfetaminas– llegaron por el Pacífico. Hay además una gran emigración de michoacanos a Estados Unidos, una población que puede hacer de muleros y distribuidores (un millón de emigrantes de una población de algo menos de 5 millones). Es muy probable que mafias chinas y colombianas entraran en contacto con grupos locales para almacenar y transportar droga hacia los Estados Unidos. El centro de la Familia Michoacana es Apatzingán, un nudo estratégico de comunicaciones y un productor tradicional de marihuana. En 2007 Zhenli Ye Gon, un “empresario” chino fue arrestado y acusado de “importar” efedrina. Sus cargamentos llegaban a Lázaro Cárdenas y Manzanillo. Expertos aseguran que el nacimiento de la Familia como cártel está ligado a ello. El ejército dice que ha destruido más de 400 laboratorios de metanfetamina en Michoacán. En Estados Unidos el FBI detuvo hace unos meses a cientos de integrantes de la Familia Michoacana en Atlanta y otras ciudades acusados de distribuir metanfetaminas, cocaína y marihuana.

Uno de los objetivos de la Familia Michoacana, según el “evangelio” místico de su líder Nazario Moreno González, es proteger a las familias. Según cuentan, no se adhieren individuos al cártel, lo

hacen familias. Es con ellas con quien el grupo establece lazos de reciprocidad y ayuda. Los líderes cuidan de que la familia apoye la actividad del cabeza familiar. En caso contrario castigan a los hijos desobedientes. Periódicamente los jefes de las plazas organizan con sus células sesiones quasi religiosas en las que se recuerda a sus integrantes sus obligaciones, entre ellas quedar al margen del consumo de la droga. La Familia castiga a los adictos –les ofrece la oportunidad de trabajar para ellos, el adoctrinamiento sectario-religioso permite hacerlos obedientes y fieros soldados– y ejecuta a los que trafican en Michoacán. La droga debe ser un problema de los “gringos”, no de los mexicanos.

Tras el fracaso de la guerra del Presidente Calderón contra el narco, ¿es necesario refundar el Estado mexicano para recobrar la seguridad ciudadana?

Calderón ha desplegado 6.500 soldados y policías federales en las carreteras michoacanas dificultando los movimientos de los convoyes de grupos armados que transportan las drogas. La Familia ha acusado al gobierno en pancartas colgadas en puentes de ayudar a los Zetas. Advierten al Presidente Calderón que Genaro García Luna, su secretario de Seguridad Pública federal, trabaja para ellos. El responsable del operativo del gobierno del 2006, Gerardo Garay Cadena, de la Secretaría de Seguridad Pública, está hoy preso en el penal de máxima seguridad de Tepic, Nayarit, acusado de coludirse con "el Chapo" Guzmán Loera, el líder del cártel del Pacífico. A pesar de la "guerra" de Calderón, sicarios de los Zetas y la Familia se matan abiertamente por el control de embarques, rutas de tránsito, cargamentos, bodegas y atacan a los policías y militares que los persiguen. Las decapitaciones y otras atrocidades son como estacas que delimitan sus dominios. Mensajes cifrados en el lenguaje de la barbarie. Un medio de paralizar y atemorizar a la sociedad civil. La Familia, acosada, extendió sus actividades delictivas. Tuvo que recurrir para pagar a sus miembros a secuestros, extorsiones, pago de protección en bares nocturnos, peajes y otros negocios del crimen organizado. Presente en las comunidades, necesitaban su ayuda para sobrevivir. Empezó a presentarse como una organización social que suplía a un Estado descompuesto. Se aprovechaban del vacío de la ley, la impunidad, la corrupción judicial y policial, la pobreza y la carencia cada vez mayor de servicios. "Muchos de los que apoyan a la Familia creen que luchan contra el gobierno", "hay una especie de odio social, de resentimiento detrás de los secuestros" decían en Morelia.

A los líderes de la Familia –entre ellos maestros, uno de sus líderes Servando Gómez, la Tuta, es un egresado de la escuela normal de Arteaga–, no les fue difícil ganar una cierta base social usando en sus comunicados un vocablo popular muy afín con un discurso socializante y religioso. Distribuyen al estilo maoísta su mensaje en carteles desplegados en puentes, octavillas, cassetes, incluso hacen desfilar con el torso desnudo a pequeños delincuentes y violadores con carteles colgados al cuello. La Familia protege a las comunidades de los pequeños delincuentes, mientras despeja el camino para los grandes. Aprovechan el "vacío de poder" (el "mal gobierno" cantan los Tigres del Norte en sus corridos) para cobrar protección –reúnen a productores de aguacate y tomate y les cobran impuestos de producción y tránsito– pero también para ayudar a la gente ordinaria. Lo que antes hacía el cacique-estado empezó a hacerlo el narcotraficante. El narco se ha convertido en el Estado social.

Construían barricadas en la carretera, disparaban desde las cunetas, se manifestaban. Estos delincuentes eran vistos como héroes.

Los vecinos contaban que "llegan a sitios que están muy mal económicamente y entregan dinero", "pagan cuentas de hospitales a familias que carecen de recursos", "dan becas a estudiantes que quieren hacer un master en el DF", "arreglan caminos para que los campesinos puedan sacar sus productos al mercado", "cuidan de que las mujeres no sean maltratadas", "pacifican los lugares permitiendo a los comerciantes trabajar", "ayudan a cobrar deudas". Todo ello –signos de un Estado en crisis– ha generado entre la gente una simpatía por la Familia.

En diciembre, cuando el ejército arrestó a varios líderes –se supone que su máximo líder, Nazario González, el del "evangelio", murrió entonces en un enfrentamiento– hubo un alzamiento popular en su defensa. Construían barricadas en la carretera, disparaban desde las cunetas, se manifestaban. Estos delincuentes eran vistos como héroes.

* * *

La Familia Michoacana se ha visto beneficiada por la crisis en el sector de la construcción en Estados Unidos, el lugar donde suelen trabajar los emigrantes michoacanos. Muchos han tenido que regresar (las remesas han caído) y se han incorporado al grupo sociológico de los NiNi, los que ni trabajan, ni estudian. A los familiarizados con las maras no les ha resultado difícil sumarse a la criminalidad de los cárteles. La gente que ha visto a la Familia en acción contaba que muchos de sus sicarios de a pie no pasan de los veinte años, algunos de ellos tan jóvenes como de 15. (En diciembre la policía presentó en Cuernavaca a Edgar Jiménez Lugo, alias el Ponchi, tenía 14 años y había degollado a 4 personas; cobraba 200 pesos [12,5 euros] a la semana). Segundo estudio de la UNAM hay en México 15 millones de jóvenes entre 12 y 19 años afectados por la pobreza (8 de cada 10 jóvenes). Son la carne de cañón de los cárteles. Se calcula el número de sicarios, los "soldados" de los cárteles, en 100 mil. Una cifra que encaja con las ventas de las armaderías de Texas. Se sabe que unos 30 mil niños y niñas cooperan con los grupos criminales de distintas formas. Empiezan como mensajeros y mulas y acaban a los 16 años enrolados como sicarios. Muchos de estos han abandonado la escuela. "Hay un ambiente muy deteriorado socialmente y ninguna oportunidad económica ¿dónde van a acabar?", decían en Cherán.

Según las encuestas, en México hay un 45% de pobres y un 70% de clase de media. La paradoja se explica por las aspiraciones y expectativas de salir de la pobreza que tienen un porcentaje importante de los pobres mexicanos. La movilidad so-

cial fue uno de los elementos que dio estabilidad durante décadas al Estado mexicano antes de que las políticas neoliberales la hiciera trizas. Pero su eco todavía no se ha perdido. Los pobres no aceptan su suerte y quieren dejar atrás su desastrosa situación económica. Son familias que gastan todo lo que pueden en educación para sus hijos o preparan la emigración al otro lado de la frontera. (No es exagerado hablar de éxodo: 12 millones de mexicanos, el 10,7 de la población ha emigrado; México es el país con más emigrantes del mundo). Si se quedan, sin posibilidad de progresar –no hay empleos–, sólo les queda la aventura del narco. La delincuencia ha llegado a ser funcional al sistema. Una peligrosa válvula social de escape cuando otra está siendo cerrada en el desierto de Arizona. "En estos tiempos nadie más que los que trabajan para el narco tienen dinero", decían.

Un maestro en Morelia decía que cuando pregunta en clase a sus alumnos qué quieren ser de mayores, cada vez más niños responden abiertamente "narco". Lo asocian con el consumo, la buena vida y el éxito social. "Más vale la pena vivir unos años bien que toda tu vida de pobres", contestan. El maestro decía que la Familia está interesada en niños de complejión fuerte de familias con problemas, y en estudiantes con buenas habilidades en computación. "Les interesa hacer bancos de datos con propiedades", decía. Una vez reclutados trabajan para ellos fuera o dentro de los ayuntamientos. En las sierras, donde se cultiva la amapola, los niños (los gomeros) que cosechan la flor para producir heroína ganan más dinero que sus padres campesinos. La mayoría no acaba la escuela. Los padres "humillados" no saben qué decirles para que no vayan por los caminos del narco. Fuentes del gobierno hablan de 500 mil familias trabajando en México en actividades ilegales si se incluye a los campesinos que cultivan la amapola y la marihuana.

Televisa –la televisión oficial del régimen– ayuda a ello. Presentan a los narcos de la misma manera que hacen con los famosos. En sus informativos les hacen entrevistas como si fueran hombres de éxito. Los asocian con mujeres guapas. No hay narco importante que no salga retratado con una "reina de la belleza". Muestran el lujo en donde viven. Crean en el imaginario colectivo un sentimiento de que la riqueza descansa en el crimen. Lo mismo ven los chavos en las comunidades. Los narcos viven en las casas más grandes, conducen las nuevas camionetas del año, salen con las muchachas más despampanantes. Nadie los molesta. Existe una mistificación del narcotraficante. El narco ha generado su propia cultura del éxito, su música, su ropa, su estética, su manera de

hablar, hasta su propia imaginería de santos que uno encuentra en todos los mercados populares y que ellos ponen en altares en sus casas pidiendo protección. Se ha convertido en una forma de vida.

En Cherán el consumo de droga no ha llegado, aunque hace un año el ejército desmanteló un laboratorio que producía metanfetamina en un rancho a las afueras del pueblo. En cambio sí lo han hecho otras actividades ilegales, como la tala de árboles. "Hay gente armada que impide el paso al bosque", decían en Cherán. El periódico *Reforma* explicaba que en el último año (México conoció en el 2009 la peor crisis económica desde 1932) las actividades de los grupos criminales se habían expandido a otros negocios ilegales diferentes al de la droga. Las estadísticas mostraban un incremento en el tráfico humano, robo de coches, extorsión a emigrantes centroamericanos de paso hacia Estados Unidos, comercio de plantas y animales protegidos... "La agricultura está hundida, se está produciendo un efecto bumerán con los emigrantes, quien lo paga es el bosque. Están robando madera a la comunidad. Usan a los más pobres. Talan a lo loco, queman el bosque para poder sacar la madera en sus camionetas. Es el alcalde quien concede permisos de explotación y "regala" las camionetas", decían.

Se estima que la Familia está implicada de alguna manera en el 85% de los negocios en Michoacán. Economistas han advertido que el tamaño de la economía ligada a las mafias en México podría alcanzar hasta el 25% del PIB. La relación entre las mafias criminales y la economía legal, el blanqueo de dinero, el secreto bancario, sigue siendo un tema tabú en México y en Estados Unidos. Pagar impuestos es el primer paso buscado por los narcos para dedicarse con el dinero acumulado a la dolce vita y no a huir de la policía. Los negocios financiados

por narcos: granjas lecheras, minas, hoteles, reparaciones y alquiler de aviones, bancos, construcción, químicas... siguen intactos en la "guerra" del narco de Calderón. Convertida ella misma en un negocio para generales,

policías de la Seguridad pública Federal y la industria militar de los Estados Unidos, dice el subcomandante Marcos.

En la universidad Anahuac uno parece estar en otro país que Cherán. Es un México diferente, moderno, cuidado, seguro, sin pobres. Desde un café Starbucks, en medio de un campus con un césped de primera división y aparcamientos abarrotados de coches del año, se divisan las colinas en donde viven los ricos. En una de esas mansiones acababa de ser detenido uno de los

Se calcula el número de sicarios, los "soldados" de los carteles, en cien mil. Una cifra que encaja con las ventas de las armerías de Texas.



Imágenes de Jesús Malverde, un Robin Hood del norte mexicano ahorcado en 1909 hecho santo por los marginados y excluidos.

narcos más buscados. Los narcos de arriba viven junto a los ricos y poderosos, al oeste de la ciudad de México. Raúl Benítez, un investigador de la UNAM que dirige el Colectivo de Análisis de la Seguridad con Democracia –con quien me reuní allí– decía que la entrada de la cocaína colombiana en una coyuntura en que el estado mexicano estaba debilitado (se encontraba en un periodo de transición a la democracia) es lo que explicaba el elevado grado de inseguridad y violencia que vive hoy México. Negaba que México fuera un Estado fallido. Según él, municipios y algunos estados sobre todo del norte pueden estar en manos de los carteles, pero no ocurre lo mismo con el núcleo del Estado. “Es mucho más fácil construir un sistema electoral democrático que desmantelar un viejo estado autoritario y corrupto y construir instituciones policiales y judiciales con apego a la ley. La reconstrucción es lenta y el vacío de poder lo aprovechan las organizaciones criminales para controlar espacios de poder. Las estructuras estatales de seguridad colapsan. Para que te hagas una idea la policía nacional sólo existe en México desde 1999. Cuando el PAN llega con Fox a la presidencia en el 2000 hay una policía federal pequeña, sin experiencia, que no puede controlar el crimen orga-

nizado. Todavía hoy no hay un banco nacional de huellas digitales. No hay suficientes jueces y policías federales, y el grueso del ejército sigue mal entrenado y con bajo nivel de formación para hacer de policía”, decía.

Los carteles no llegaron a México con la cocaína. Las sierras de Guerrero, Michoacán y Sinaloa abastecían de marihuana y opio a California desde después de la II guerra mundial. Era un negocio consentido y de rendimientos económicos modestos. El ejército estadounidense necesitaba las drogas para abastecer a los miles de soldados que regresaban heridos o con problemas mentales de sus guerras. El FBI las usaba como admiradoras de militantes en los ghettos negros de las grandes ciudades. La Seguridad mexicana y la CIA usaban a los sicarios en su guerra sucia contra la guerrilla mexicana que se había hecho fuerte en Guerrero y Sinaloa. Con intereses comunes narcos y militares empezaron a trabajar juntos bajo el control de estos últimos. Carlos Facio dice que estos comandos que practicaron la guerra sucia han nutrido a las nuevas generaciones de narcotraficantes, secuestradores y asaltantes. La llegada de la cocaína colombiana alteró la ecuación. Hizo de la droga un negocio urbano. Generaba tanto dinero –es el negocio más rentable que existe– que todo era comprable. Los miles de millones de dólares que llegaron con la venta de cocaína desde Estados cambiaron la forma de hacer negocios criminales en México. Se estima que cada año llegan hasta 29 mil millones de dólares provenientes del país del norte procedentes del crimen organizado. La vieja colaboración entre la seguridad del Estado y los carteles contra la guerrilla se volteó contra el Estado cambiando la estructura del poder. Ahora eran los narcos quienes ponían sus condiciones a los militares y policías. ¿Quién iba a detener al policía? Sin guerrilla contra quien combatir, los carteles (hay al menos siete de importancia) usaban en su propio provecho a la seguridad del Estado contra otros carteles. Los Presidentes del PAN Vicente Fox y Felipe Calderón han sido acusados de favorecer al cártel de Sinaloa y proteger a su líder, Joaquín Guzmán Lobera, el Chapo, a quien la revista *Forbes* lo incluye en su lista de hombres más ricos del mundo. El Secretario de Seguridad Pública Genaro García Luna ha sido investigado por protegerlo. Las denuncias contra él no sólo están en la procuraduría, están en la calle, en revistas especializadas, en libros y en los diarios con mayor tirada nacional. ¿Pero, si el núcleo del Estado está a salvo de los carteles criminales, por qué Calderón mantiene a Genaro García Luna al frente de la Seguridad Pública a pesar de las constantes denuncias por su vinculación con el crimen organizado?

Anabel Hernández, en su libro *Los Señores del narco* (Grijalbo 2010), además de señalar a Genaro García Luna y presentar un Estado podrido añade otro factor. La política de la CIA de

aprovecharse de los cárteles de la droga colombianos y mexicanos para financiar y entrenar a la Contra nicaragüense. Una política que dio espacios y poder a los cárteles dentro de los aparatos de seguridad e inteligencia tanto en Colombia como en México y creó tensiones dentro de Estados Unidos entre los diferentes organismos de seguridad. La autora evidencia la muy delgada línea que hay entre los hilos que mueven a los narcos y a las fuerzas de seguridad del Estado, hasta el punto de que con el tiempo estos llegan a confundirse. El gobierno de los Estados Unidos, irresponsablemente, hizo en América Latina con los cárteles de la droga lo que hizo en el Este de Asia con la guerrilla de Pol Pot contra Vietnam y en el Medio Oriente

con el terrorismo de Bin Laden en Afganistán contra la URSS: usarlos como instrumentos de la guerra fría para parar un supuesto expansionismo soviético. En América Latina los sandinistas acababan de tomar el poder, las FARC colombianas se expandían y había una guerra civil en curso en El Salvador. Estados Unidos, con su visión de guerra fría, lo interpretó como un avance del comunismo soviético en su patio trasero. Simplemente usaron a los cárteles de la droga contra los guerrilleros sin importarles las consecuencias.

Hay un implícito reconocimiento por parte de Calderón de que los cárteles se están apoderando del Estado cuando saca el ejército a la calle declarándoles la guerra mientras pide ayuda a los Estados Unidos. (Para muchos abriendo con el Plan Mérida una puerta anticonstitucional a la injerencia externa cada vez mayor de Washington en la política mexicana. El Subcomandante Marcos dice que Estados Unidos es el único vencedor indirecto en la guerra del narco). Raúl Benítez, el investigador de la UNAM, justificaba la participación del ejército en la lucha contra los cárteles criminales pero cuestionaba la política de Calderón. “No había otra manera de cubrir la falta de policías confiables que acudiendo a militares capacitados, que los hay. Lo que pasa es que el ejército no lo hace bien. El ejército no debiera haber sido desplegado en ciudades y carreteras, ¿para qué?, si se le cuelan sin parar dinero, armas, indocumentados, cargamentos; necesita más trabajo de inteligencia y respetar los derechos humanos”, decía.

El año pasado hubo 1.230 denuncias ciudadanas contra el ejército, incluyendo secuestros, violaciones, torturas y asesinatos de civiles. Fueron seis veces más que las denuncias que hubo en el año 2009.

En un artículo –*Ocho tesis y muchas preguntas*, publicado en el diario *La Jornada* a mitad de enero–, Paco Ignacio Taibo II cuestionaba la guerra de Calderón contra los cárteles de la

**Los Presidentes del PAN
Vicente Fox y Felipe Calderón
han sido acusados de favorecer
al cártel de Sinaloa.**

guerra. A su juicio era una guerra perdida desde el principio, “una guerra que no solo no se podía ganar, sino que ni siquiera podría empezarse sin haber limpiado antes las fuerzas del orden”. Hay un acuerdo bastante generalizado de que la guerra fue concebida primordialmente por Calderón como una forma de ganar la legitimidad que no ganó en las urnas en las elecciones del 2006. Era una manera de fabricar una imagen de un Presidente valiente que hacía algo contra el crimen organizado. Algo que le ha funcionado hasta ahora según muestran las encuestas.

“La ‘guerra’ pretendía imponer la idea de que solo iba a ser con mano dura como se podría revertir el rumbo de México”, decía Luciano Concheiro, un profesor de la UAM cercano a

López Obrador. Tanto ha usado Calderón la guerra contra el narco para ganar su legitimidad que publicó una lista con los 37 nombres de los narcos más buscados emulando a la baraja del Pentágono en Iraq. Cada cierto periodo –la legitimidad de Calderón lo necesita– aparece uno de ellos, creo que van 17, en la TV asesinado o detenido. Han llegado incluso a presentar como si fuera real la captura de narcos filmadas en estudios de televisión como hacen en las telenovelas. ¿Pero por qué mueven periódicamente el avispa en vez de acabar con el mismo? ¿Por qué no esperan a arrestar a cientos de ellos en una sola operación y desmantelan un grupo entero criminal?

De las más de 220.000 personas arrestadas por vínculos con el narcotráfico desde que Calderón asumió su cargo, las tres cuartas partes han quedado en libertad y apenas un 5% de las 60.000 restantes han sido juzgadas y sentenciadas. En algunas cárceles los presos del narco tenían permiso para salir de noche y ejecutar rivales. En 10 prisiones se han producido fugas de presos. De una de ellas –de alta seguridad– salió el Chapo, el capo del cártel de Sinaloa.

A pesar de los 15.273 mexicanos asesinados en el 2010 en la guerra de Calderón los mexicanos ven cada vez más a un Estado incapaz de ganarla. Es más, los mexicanos piensan (un 60% según las encuestas) que los narcos están ganando al Estado a pesar de la “mano dura” de Calderón.

En abril, comuneros de Urapichu –una comunidad de 1.500 habitantes perteneciente al municipio de Paracho, no lejos de Cherán– recibieron una visita desafortunada. Mensajeros mafiosos posiblemente de la Familia Michoacana exigieron el pago de una cuota por familia. Los comuneros se negaron a pagarla. En mayo policías llegados desde Morelia detuvieron a su líder, Aristeo Barajas, acusándole de los delitos prefabrica-



Una pancarta sumándose a la campaña Basta de Sangre lanzada por Julio Scherer y Eduardo del Río colgada en la casa del estudiante Nicolaita en Morelia.

dos de secuestro y violación. Los comuneros respondieron secuestrando a un reconocido miembro del crimen organizado en Paracho y bloqueando la carretera Uruapán-Carapán. Después de consultar con otras comunidades purépechas y tras la llegadas de importantes refuerzos policiales estatales decidieron dejar en libertad a su rehén, a pesar de que no se retiraron las acusaciones contra Aristeo Barajas. La guerra contra el crimen había rasgado el tejido social que otras veces había defendido de agresiones a las comunidades purépechas. El miedo las había paralizado. Desde mediados del 2005 han sido asesinados 13 ediles y ex-alcaldes en Michoacán. ¿Qué hacer cuando narcos, policías y políticos están en el mismo costal?

Casos similares al de los comuneros de Urapichu se han dado en Tepito, una colonia popular de la ciudad de México, en comunidades campesinas de Oaxaca y Guerrero, entre las mujeres de Ciudad Juárez, los estudiantes de Morelia y los intelectuales del DF. En enero Julio Scherer y el caricaturista Eduardo del Río lanzaron un llamamiento a la sociedad civil a rebelarse contra la violencia. La sociedad mexicana empieza a estar cansada de la inseguridad y el miedo que la atenaza.

Pero los mexicanos se enfrentan con que la actual vía electoral para detener el latrocínio está muerta. Intereses mafiosos se han apoderado de los partidos políticos. Usan como materia desecharable uno u otro partido –no importa el color– para penetrar el Estado y colocar a sus hombres al mando de policías y tribunales. La política está tan desprestigiada en México que los mexicanos la identifican con la traición y la corrupción. La “democracia” está secuestrada por las mismas bandas que se cuestan a las personas. En Guerrero, en Baja California, Sina-

**No hay narco importante
que no salga retratado con una
“reina de la belleza”.**

loa o Durango son los carteles quienes disputan las elecciones disfrazados de candidatos con los colores del PAN, PRI o PRD. La impunidad y la corrupción son los sellos de un Estado debilitado en manos de mafias económicas legales e ilegales o ambas superpuestas que lo han asaltado. La idea dominante en la calle es que “todos los políticos de derecha o izquierda son iguales de corruptos”, lo único que les diferencia, después de ver la brutal ineficacia de Vicente Fox y Felipe Calderón, es “que hay políticos más eficaces que otros”. Es esta lógica lo que puede llevar a la gente a volver los ojos al PRI como “un partido con capacidad de gobierno”, “durante las décadas que gobernó nunca estuvo tan mal el país”, y elegir a su candidato Peña Nieto, un personaje mediático, ligado al actual grupo de poder, como Presidente. Sería más de lo mismo con otros medios.

Uno de los días que estuve en la ciudad de México, Porfirio Muñoz Ledo, un antiguo priista que rompió con el partido en 1988 para apoyar a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato presidencial aquel mismo año –las elecciones les fueron robadas fraudulentamente por Carlos Salinas de Gortari–, presentó su último libro. En el acto participó entre otros López Obrador, cada vez más escéptico con el PRD. Obrador está impulsando desde las bases sociales un movimiento por la regeneración nacional no subordinado a los intereses de las maquinarias partidistas. Muñoz Ledo fue uno los fundadores del PRD y ahora apoya a Obrador como candidato para las elecciones presidenciales del próximo año. El libro *La Vía Radical* es una apuesta por la irrupción de la sociedad civil en la política para regenerarla. La tesis del libro es que no hay ninguna posibilidad de un acuerdo por arriba, de un pacto de Estado entre los

partidos políticos, para resolver los problemas que afrentan a México. Para Muñoz Ledo el camino reformista a la democracia está acabado. Se necesita una revolución pacífica desde abajo para recuperar un Estado que sirva a la ley y a la gente ordinaria, no a las mafias que se han apoderado del mismo. Son los de abajo los únicos que pueden regenerar a México.

La cuestión es ¿cuánto más puede aguantar un régimen que no proporciona una seguridad mínima, un consumo básico a su población mientras un puñado llena sus bolsillos? ¿Cuánto falta para que caiga la gota que reboste el vaso del miedo y los de abajo tomen las cosas en sus manos? ¿Cuánto falta para que los comuneros de la meseta purépecha, los ciudadanos del DF, las mujeres del norte, los campesinos de Oaxaca y Guerrero... pierdan el miedo como lo perdieron los egipcios? ■